



RECIBO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

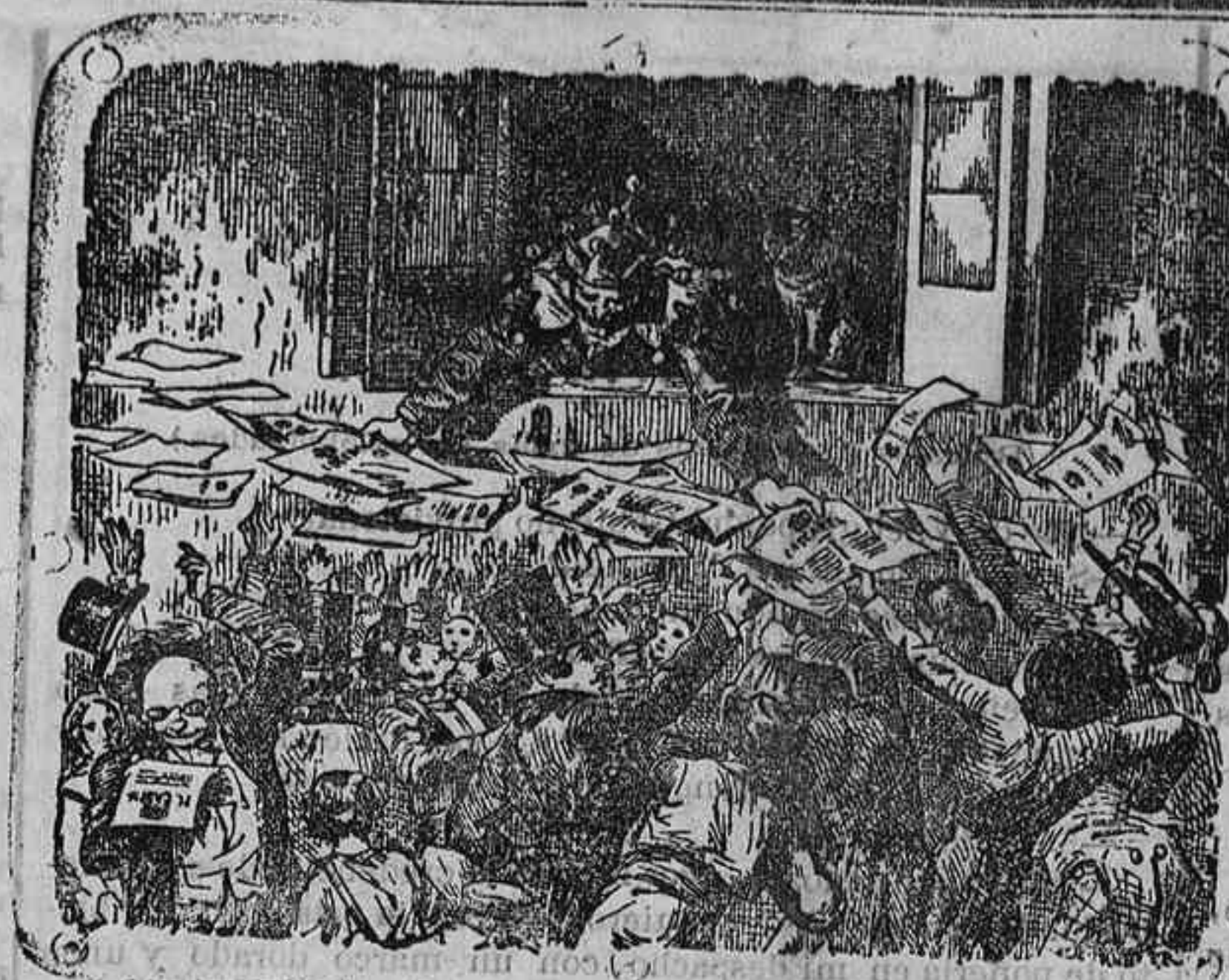
PRECIOS.

MADRID.
Tres meses. 9 rs.
Seis id. 16 »
Un año. 30 »

PROVINCIAS.

Tres meses. 10 rs.
Seis idem. 18 »
Un año. 34 »

NUMERO SUELTO, DOS CUARTOS.



LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

PRECIOS.

EXTRANJERO.
Tres meses. 22 rs.
Seis id. 38 »
Un año. 74 »
Francia. — Pueden hacerse las suscripciones enviando a esta Administracion el importe en sellos franceses del correo.
Se suscribe en la Habana: Propaganda Literaria, calle de la Habana, núm. 100.
AMERICA.
Seis meses. 33 rs.
Un año. 70 »
FILIPINAS.
Seis meses. 60 rs.
Un año. 100 »

DIRECCION Y ADMINISTRACION
Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.

EL CASCABEL.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL, se encierran simplemente en el propósito de ponerse al gato.—Lo que fuere sonará.

LOS LOCOS.

Las personas sensatas están justamente alarmadas. El motivo de esta alarma, de que seguramente participan mis discretos lectores, es el grandísimo número de locos que hay en la actualidad.

La locura se ha desarrollado de una manera sorprendente, y hay motivo para temer que, si no se pone oportuno remedio, continúe el progresivo desenvolvimiento del mal y no se halle, andando el tiempo, un juicio sano en este bello país.

Hace tiempo que no encuentro mas que locos por esas calles, que no sé de otros hechos que de actos de locura bien caracterizada, y que no leo mas que cosas escritas indudablemente por quien tiene un lamentable reblandecimiento del cerebro.

Personas á quienes yo suponía dotadas del mas sólido juicio, las hallo locas de remate, á juzgar por las cosas que hacen y dicen, y no parece sino que una maléfica influencia domina en España para que de tal manera pierdan las gentes el cairete, y hagan tales desatinos que habrían de notarse mucho, si no fuera porque entre locos no se conoce mucho que digamos la falta de juicio, y deben ser ya pocas las personas que en España lo tengan cabal.

Esta idea del desarrollo de la locura me atormenta hace dias, y crean Vds. que no pienso en otra cosa, lo cual no me hace maldecir la gracia, porque pudiera yo tambien volverme loco, si es que ya no lo estoy, pues sabido es que todo loco habla de la locura del prójimo y la compadece: pero por lo que á él toca se cree tan formal, razonable y sesudo como ninguno. Puede que me encuentre yo en este caso. Ustedes juzgarán.

Mi amigo Ernesto era antes un jóven alegre, decidior, valiente, amable, muy liberal, enemigo de toda tiranía y acérrimo defensor del derecho y de la justicia. Solia escribir de política y lo hacia con calor, con verdadera convicción, pero con respeto y decoro, al mismo tiempo.

Hoy, —no ha pasado mucho tiempo,— y ya me le encuentro completamente cambiado. Se ha metido de hoz y de coz en la política, y ya no está alegre sino sombrío; ya no es liberal, sino demagogo; por mas que se dice enemigo de toda tiranía, él quiere imponer á todos sus ideas, y ya no hay para él mas derecho ni mas justicia que él y la que le permite disparatar á su antojo. Incapaz como era de hacer daño á una mosca, hoy le oigo pedir cabezas con una serenidad pasmosa, y le hallo convertido en un terrorista feroz. Lo de escribir con decoro, lo ha olvidado, y sus escritos no se pueden ya leer sin que se encienda la sangre de indignación.

¿Cómo ha podido operarse este fenómeno?... Mi amigo ha perdido la cabeza, no tiene duda; por eso acaso pide las de los demás. Yo no puedo creer que ese hombre esté en su sano juicio.

¡Qué lástima me dá D. Macario!

Hace algun tiempo le oía yo hablar de administracion y economía, con un juicio, con una lucidez, con una profundidad tales que le tenía yo por un sábio, por el primer economista de la tierra y el primer matemático de la cristiandad.

Teniendo de él tal opinion le recomendé para que se le ofreciera la administracion de una casa grande, que andaba muy apurada á causa de las barbaridades y poca fidelidad y poca tino de los administradores anteriores; pero nunca lo hubiera hecho. El bueno de D. Macario, en cuanto se ha visto al frente de tan importante administracion, parece como que ha olvidado toda nocion rentística; su sistema de administracion está completamente en desacuerdo con las teorías que antes sustentaba, y que tan general reputacion le valieron; la casa que le ha confiado la gestion de sus negocios estaba muy empuñada, y ¡qué ha hecho D. Macario! empeñarla mas. Económicas, no ha hecho ninguna, con ser tan economista, no paga sagradas y perentorias obligaciones, y lo hace en fin de tal manera, que el día que deje la administracion en otras manos, los amigos de la casa de la que está haciendo mangas y capirotes se felicitarán seguramente, aunque de temer es que el

que entre á reemplazarle lo haga todavía peor, cosa difícil, sin embargo.

¿Cómo puede haber cambiado de ese modo D. Macario? ¿Cómo el que era tan experimentado, tan entendido, tan buen calculista, tan económico y reformador ha venido á ser uno de tantos administradores rutinarios, que dá una en el clavo y ciento en la herradura, y que ha olvidado todo lo que habia demostrado saber?...

¡Lástima de inteligencia!

¡Señor! ¿qué tiempo es este en que así se empañan las mas claras inteligencias, en que parece que han perdido, no ya el talento privilegiado que tenían, sino hasta el sentido comun?

Siempre he tenido por hombre de ciencia y virtud al reverendo D. Atilano. ¡Cuántas veces le he oido aconsejar el bien, encarecer las dulzuras del amor al prójimo, las excelencias de la caridad, el placer que se halla en favorecer al enemigo, y hacer la apología de esas virtudes santas que se llaman resignacion, caridad, humildad y templanza. Era para mí hombre respetabilísimo el tal D. Atilano, y hubiérame yo defendido de cualquier malsin que hubiera puesto en duda su virtud.

Y ahora ¡qué variacion tan grande en D. Atilano! no piensa mas que en la guerra civil, habla con fruicion de que va á echarse al campo un poderoso ejército á reñir con nuestras valientes tropas y á llevar la guerra á sangre y fuego por las desoladas provincias españolas. Y dominado por esta idea, no piensa siquiera que las madres y las esposas tiemblan en sus hogares al considerar que puede encenderse la guerra civil, recordando lo que pasaron sus madres en la pasada guerra, y cuántos valientes fueron sacrificados y qué de mujeres y niños inocentes sufrieron la muerte en un suplicio, sin mas delito que tener un esposo ó un padre realista ó liberal.

¡Oh! es imposible que D. Atilano, que desea la reproduccion de aquellas escenas de barbarie se halle en su juicio cabal; yo no quiero hacerle el agravio de suponerle en la integridad de sus facultades mentales; para desear la guerra civil, es decir, la muerte, el incendio, el saqueo, la ruina del país, se necesita estar loco, pero loco de atar.

¡Pobre jóven! este es otro loco que me dá mucha lástima; yo le he conocido cristiano, cómo le educaron su santa madre, que era la mujer mas virtuosa del mundo, y su padre, que era el hombre mas honrado y mas liberal.

El muchacho se ha dado á la política y á la exageracion de las ideas y la necia vanidad de igualarse con otros á quienes aplauden los tontos, le ha trastornado la razon. Por ahí anda el desventurado diciendo que no tiene religion, que el catolicismo es una farsa, y que él no cree ya nada, y que sus padres son unos bobalicones, y que no debe haber religion del Estado, y que si tiene un hijo un día no le ha de bautizar, y que el matrimonio religioso no hace falta y otros desatinos por el estilo... ¡Pobrecillo! está loco, se le han hecho los sesos agua, no tengo duda de esta desgracia. ¡Qué pena tan grande para sus honrados y amorosos padres ver loco á su hijo, y oírle disparatar y saber que con su locura va volviendo locos á otros!

¡Qué cosa tan rara lo que les ha sucedido á Serapio y á su mujer Isidora! Era un matrimonio modelo; él labraba la tierra y ella cuidaba del ganado, y ¡vamos! se habian llegado á procurar un pasar, y vivian sin cuidados, y él tenía sus camisas de hilo y sus botitos para los domingos, y ella parecia en las fiestas del pueblo una reina con su vestido de lana, su pañuelo de seda, sus zapatos de tabinete y su par de pendientes de oro... Pues señor, marido y mujer se han vuelto locos; digo yo, no pueden menos de haberse vuelto locos á juzgar por su conducta!

En primer lugar abandonan el trabajo, y dicen que ¡por qué han de trabajar ellos para ganar el pan mientras los ricos no trabajan?... Luego no quieren pagar al conde de la Panoja, dueño de las tierras que ellos labran y utilizan, y del cortijo que les tiene alquilado, elarriendo correspondiente, y aseguran muy formalmente que las tierras y el cortijo les pertenecerán un día de estos en propiedad, en cuanto se haga el reparto de bienes para que no haya pobres ni ricos.

¡Pobre Serapio y pobre Isidora! ya los veo despedidos al fin

por el conde, que se cansará de no cobrar y de que lo insulten; ya los veo sin tierras, sin ganado, sin cortijo, sin hogar, sin galas para los dias de fiesta, y hasta sin el humilde traje diario, tener que mendigar la caridad por haber creído esas tonterías del reparto de bienes y de la igualdad entre ricos y pobres. Pero, no, Dios les volverá el juicio que han perdido, y les hará comprender que el pobre, como el rico, tiene deberes que cumplir, y que tambien el pobre tiene su riqueza, que es el trabajo, pero que fuera de este supremo bien no puede haber para él bienestar y tranquilidad.

Por cierto que es desgracia grande la del pueblo de J... ¿quién se lo hubiera figurado? Este pueblo estaba antes sometido á la mas dura y arbitraria ley, y la sufría, le apaleaban sin razon y lo sufría, le sacaban el dinero y lo sufría, en fin, le trataban con insolente altivez y como si fuera un pueblo de esclavos...

Hace poco le dieron completa libertad, le concedieron derechos, le prometieron buenos tratamientos y un porvenir menos azaroso... y entonces ha sido cuando ese pueblo se ha alborotado, y ha empezado á tiros, matando á muchos hermanos y sufriendo entre los suyos crueldades pérdidas.

¿Cómo se explica este fenómeno?... Yo no puedo darle otra explicacion que la de la locura. Los que han hecho eso son locos; mientras han estado con la camisola de fuerza, se han estado tan quietos; en cuanto se les ha dado libertad, han querido hacer una que fuera sonada, una locura.

Los locos son así.

No necesito citar mas ejemplos por ahora, discretísimos lectores, pero como esos locos se encuentra uno infinitos por ahí. Estoy seguro de que vosotros los encontráis como yo.

La locura es contagiosa; habiendo tantos locos, y siendo verdad que un loco hace ciento, ¿quién puede creerse hoy seguro de no perder el juicio?

Yo al ver ateo al que conocí cristiano, sanguinario al que siempre fué pacífico, empleado con un gran sueldo el que proponía antes que los destinos se sirvieran de valde, cuando él no lo tenía, republicano federal el que no sabe ni leer siquiera, carlista al moderado, monárquico al republicano, y republicano al absolutista, y á todo el mundo receloso, desconfiado, creyendo que el vecino le hace traicion, y á los ministros tan confiados sobre el volcan, á los unos queriendo armarla por un lado, y á los otros por otro y á estos pidiendo unirse á Portugal que no quiere unirse á nosotros, y á aquellos esperando y deseando un cataclismo general para entrar ellos á rebanar cabezas como si fueran sandias, y á todos dando pruebas de tan poca cordura, espero tambien volverme loco el mejor día y salir por ahí pidiendo la abolicion de la humanidad entera ú otra atrocidad por el estilo.

C. FRONTAURA.

EL TERROR.

—¿A dónde vas con esa cuchilla, Geromo?
—Es la que tenía mi madre para cortar carne.
—¿Y tú te vas á meter á cocinero?
—No.
—Pues ¿para qué la llevas?
—Porque dicen que hoy vamos á hacer una manifestacion pacífica.
—Pues para eso maldita la falta que hace la cuchilla.
—Es que vamos á cortar unas cuantas cabezas.
—¿Y á eso le llamas una manifestacion pacífica?
—Hombre, muy pacífica no será, pero será manifestacion de seguro.
—Vaya, deja esa herramienta, porque si te coge uno de esos de orden público puede que te lleve al Saladero y pases allí mas tiempo del que quisieras.
—¿Qué hombre! si ahora por cortar cabezas no le dicen nada á nadie.
—No seas bruto y perdona.
—Tu eres el que ha de perdonar. Yo soy republicano ¿estás?

LAS TIENDAS.

TERCERA SÉRIE.

FOTOGRAFIA DE MR...

(Retratos fotográficos de todas las celebridades.)

—¿Y qué?
—Que todos los días compro un periódico y el otro día leí en uno de ellos que había que cortar quinientas cabezas.
—Hombre, ¿y porque un periódico diga una atrocidad has de hacerla tú?
—Ellos entienden de esas cosas mas que nosotros, y cuando lo dicen sabido lo tienen.
—El que haya dicho eso no lo siento, de seguro. Yo, aunque no soy hombre de estudios, tengo ya algunos años y creo que si la profesion del escritor es una cosa digna de respeto y consideracion cuando se ejerce con talento, y se emplea la pluma en dar al pueblo consejos prudentes y sensatos, y cuando se combate á los adversarios con decoro, es en cambio un mal oficio cuando solo se escribe para excitar las pasiones populares y provocar escesos que luego nunca los paga quien los provoca.
—Ha leído V. la *Justicia*, tío Perico?
—Hombre, sí, ya sabes que yo me paso toda la vida leyendo, ya que mi enfermedad no me permite hacer otra cosa, y que la bondad de mi antigua ama me proporciona lo necesario para vivir.
—Mire V. que viene buena con eso de las quintas.
—Pues yo la encuentro tan buena que no pienso volver á leerla. Ya sabes que á liberal no me gana nadie, pero no me gustan las exageraciones, y eso de decir á propósito de cualquier cosa, que el gobierno es un tirano, y que estamos peor que antes, me parece que es dar armas á los enemigos de la libertad.
—Vaya, vaya, ya veo que V. se va haciendo reaccionario.
—Eso dicen de los hombres sensatos, los tontos.
—Tío Perico, V. me insulta.
—Hombre, eres tonto de capirote.
—Caramba! Eso no es muy grato de oír, tío Perico.
—Lo triste es que sea verdad. ¿Tienes tú por muy liberal á Gonzalez Brabo?
—Ni que estuviera loco.
—Pues mira, escribia lo mismo que esos periódicos que tanto te gustan.
—¿De veras?
—Cuando era redactor del *Guirigay* insultaba á la reina Cristina, dándole un nombre que no se puede aplicar á ninguna mujer, en otro número decia que era preciso ahorcar á los ministros, en otro les llamaba ladrones, y en todos predicaba las doctrinas mas disolventes y exageradas; y cuando á fuerza de gritar logró engañar á unos cuantos tontos y subió al poder, ya sabes lo que ha sido y cómo se ha portado con todo el mundo.
—Caramba, pues me hace V. pensar, tío Perico, que puede que algunos de esos periódicos tan revolucionarios, estén haciendo el caldo gordo á la reaccion.
—Hombre, no me gusta pensar mal de nadie, pero lo que sí puedo asegurar es que la sirven admirablemente.
—Chico, la revolucion está perdida sin remedio, y es preciso que la salvemos.
—Hombre, ya sabes que soy verdadero liberal, y puedes contar conmigo, pero aunque las cosas no marchan todo lo bien que yo quisiera, no creo tampoco que nos hallemos en el extremo que dices.
—Es necesario fundar un periódico.
—Hombre, habiendo tantos...
—Sí, pero son muy poco atrevidos.
—Pues no sé qué quieres que digan. Ellos no solo combaten al gobierno, sino que atacan á las Constituyentes, á la religion, á Dios mismo.
—Lo hacen mal, sin intencion, sin fuego. Los republicanos se encuentran cohibidos por la actitud de sus diputados en las Cortes. Aquí todo el mundo ha defraudado las esperanzas que habia hecho concebir. Es necesario cortar muchas cabezas.
—¿Te parecen pocas las que ha pedido un periódico de no sé qué provincia, que necesita nada menos que un millon para hacer boca?
—Hombre, ese periódico lo entiende. Dime su nombre y voy á suscribirme á él inmediatamente.
—No contribuiré á que malgastes el dinero.
—Aquí es necesario reproducir los sucesos de la revolucion francesa.
—Esa es la manía de unos cuantos mentecatos, que no tienen en su insensatez ni el mérito de la originalidad. Desengañate, amigo mio, esas parodias hoy son imposibles y ridículas.
—Pues sin eso no se consigue nada.
—Con eso es con lo que no se conseguiria mas que exasperar á todas las personas racionales, que siempre son mas en número que los locos, y acabarían por dar á los demagogos una leccion de que guardaran memoria toda su vida.
—Pues, chico, ello es preciso hacer algo.
—¿Quién lo duda? Pero lo que hay que hacer es mantener el orden, respetar el derecho de todos, hacer la revolucion amable y no aborrecible, é impedir á toda costa que llegue á crearse una situacion de fuerza, porque las situaciones de fuerza duran poco y acaban trágicamente. Por consiguiente si fundas tu periódico y eres, como eres, amante de la libertad y de la patria, en lugar de excitar las pasiones, lo que debes hacer es procurar calmarlas, y si combates al gobierno por su falta de energia en ciertas cuestiones y sobre todo en la de Hacienda, debes hacerlo con la mesura con que la razon habla siempre.
—Chico, me has convencido y creo que voy á seguir la conducta que me aconsejas.
—Para ello cuenta conmigo, que estoy dispuesto á ayudarte.

—¿Me dá V. el grupo del Gobierno provisional?
—Si señor, ¿lo quiere V. grande?
—Sí, sí, el mas grande que tenga V.
—Esta es una lámina magnífica.
—Si señor, ¿qué hombres estos!... Yo no conozco mas que á este que está hablando con el otro, como diciéndole:—No hay un cuarto ni de donde venga.
—Es el de Hacienda.
—¡Ya! ¡ya le conozco, ayer me dió la credencial de administrador de rentas de S... y quiero llevarme la estampa con objeto de ponerla en mi despacho, con un marco dorado y unos cuantos versos debajo, que los hará mi hijo, que tiene ya principios de latin y de ética, ó física... yo no entiendo de eso. Diga V. este de en medio es Prim, ¿no es verdad?
—Si señor.
—Buena persona; parece que está diciendo para sí: ¡ya os compondré yo, republicanitos!... ¿Este otro es Serrano?...
—Si señor, está muy parecido.
—¿Qué buen señor parece! y ¡qué llano! con su levita y su chaleco como un particular. ¿Y ese otro que se rie?...
—Es el de Fomento.
—¡Ah! muy señor mio, en Fomento queria yo el destino, pero el diputado que me lo ha sacado está precisamente de punta con el ministro. Envuélvame V. al Gobierno en un papel, y sino ahí tiene V. un periódico que compré ayer, *La Igualdad*; envuélvame V. en *La Igualdad* y ahí van los 24 reales. Va á llamar la atencion este cuadro en mi despacho; puede que le ponga debajo de un dosel.
—¿Tiene Vd. los retratos de las cancanistas del Circo?
—Si señor.
—Deme V. todas las posturas. Esta es la *Blanchisseuse*. ¡Qué gracia tiene!
—¿Quiere V. tambien retratos de los hombres?
—No, no quiero mas que á ellas. Esta es la *Braestine*, *l' amoureuse*, ¡qué muchacha tan mona! Yo no sé como hay quien no gusta del *can-can*. Es un baile que tiene mucho chic; algunos periódicos hipocritones lo combaten, pero es un baile muy distinguido y que no se baila sin tener cierto talento... Estas chicas tienen un talento extraordinario; uno de estos días me van á presentar á las principales... Con que aquí hay doce tarjetas... Serán doce pesetas, ¿no es eso?
—Si señor.
—Ahí van.
—Señorito, una limosna á este pobre viejo.
—¡Hombre! déjeme V. en paz. ¡Qué diablos! á todas partes le persiguen á uno los pobres.
—¿Pá servir á V.
—A los pies de Vds., señoras.
—Mia tú qué fino, Blasa.
—¿Qué tienen Vds. que mandar?
—Veníamos á ver... porque nos han dicho que han sacado una vista de las señoras que fuimos el otro día á pedir la demolicion de las quintas... y queremos una por lo que sea, si es que estamos puestas nosotras que ibamos en la cuarta ó quinta hilera...
—Las han engañado á Vds., no se ha sacado vista ninguna de ese acto.
—Oye, tú, éste es el *Girguero*...
—¡A ver! Justo, *mia* ¡qué propio! es un banderillero que vive en nuestra misma casa, en el cuarto bajo.
—Mia tú, si tuviéramos uno, le dábamos una jaqueca á la hija de la carpintera, que habla con él desde el año pasado...
—Es verdad, ¡poco nos reiriamos! ¿cuánto vale, V.?
—Una peseta.
—¡Anda, anda! no la vale él, ni *ta* su casta.
—¿Le mercamos?
—No, no se vaya á incomodar la hija de la carpintera, y crea que la queremos quitar la ganga del *Girguero*.
—Vaya un torero! que no trabaja mas que en los novillos.
—Pues V. *desemule*.
—No hay de que.
—Y dice V. que no sacarán la vista de las señoras?
—Creo que no.
—Pues si la manda sacar el gobierno por casualidad, guárdenos V. una, que se vea bien.
—Entra, mujer, que aquí parece que le encontraremos.
—¿Qué se le ofrece á V., caballero?
—Diga V., ¿está aquí don Carlos el pretendiente?
—No señor, aquí no hay ningún pretendiente.
—Me habian dicho que aquí le encontraría.
—Cómo no se explique V...
—El retrato de don Carlos es lo que pide mi esposo.
—¡Ah! ¡ya! don Carlos de Borbón y de Este.
—Justamente.
—Si señora, aquí está.
—¡Ay, Dios mio!
—¿Llora V.?
—Sí, señor, ¿no he llorar? mi padre fué del guardaropa del abuelo de este jóven... Mirale, mirale, Gertrudis, ¡qué guapo! ¡qué bigotito tiene!... ¡Cómo está con la mano en la mejilla, como si estuviera cavilando qué sueldo ha de dar á los parientes de los servidores de su abuelo!
—Aquí tiene V. el retrato de su señora.

—¿De la mujer de don Carlos!... ¡Qué guapa!
—Se parece á la modista del sotabanco.
—¡Calla, mujer! ¡cómo se ha de parecer á una modista una persona de sangre real!... ¡Ay, cuando vendrán á palacio!... Tú has de ser dama de honor de la señora y yo correo de gabinete.
—Bueno estás tú para ir corriendo con el correo.
—Por eso digo que de gabinete, para estar en el gabinete todo el día.
—¿Cuánto valen los retratos?
—Dos pesetas.
—¿No son nada menos? Mire V. que somos dos pobres, y que hasta que vengan SS. MM. (q. D. g.) no saldremos de azotes y galeras.
—Es precio fijo.
—¡Vaya! ¡cómo ha de ser! tome V. las dos pesetas, que no quiero quedarme sin los retratos, para presentárselos á S. M. cuando entre en Madrid, y decirle:
«Señor, cuando no teniamos que comer, nos gastamos dos pesetas para tener á V. M. y á su augusta esposa á la cabecera de la cama.
—¿Cómo se ha de negar á darnos una pension, siquiera?...
—Así tuviéramos tan seguro el cielo.
—Lo que hace falta es que venga.
—Eso de fijo, antes de quince días, me han dicho que viene con Cabrera de alcalde mayor é inquisidor general.
—¿Cuánto vale ese retrato de Espartero, que tiene V. á la puerta vestido de rey?..
—Tres pesetas.
—Ahí van, y aunque no coma hoy mi mujer, que yo he comido ya en casa de un amigo. Yo por Espartero me peleo con usted y con todo el mundo.
—¡Hombre! ¡conmigo? yo no ofendo al anciano general.
—¡Anciano! ¿eh? puede que todavía les meta á Vds. en cintura.
—Yo en política no entro ni salgo.
—Pues yo sí, y á mi me gusta mas Espartero que toda esta gente que anda ahora mangoneando.
—Bueno.
—Parece que me lo dice V. con retintín.
—No señor.
—En fin, y títimamente, confiese V. que Espartero es un hombre en el mundo.
—Sí, señor, desde luego lo confieso.
—Entonces tan amigos como antes; en la calle de la Terna tiene V. su casa.
—Gracias.
—Mas hueco voy yo con el retrato de mi general que si me hubiese caído la lotería. ¡Hombre! le quiero mas que á mi mujer, aunque me esté mal el decirlo.
—¿Tiene V. retratos de militares?
—Algunos hay; todos los generales.
—No lo digo por esos. Yo no tengo nada que ver con ningún general. ¿Tiene V. de caballería?
—Si señora, generales de caballería hay varios.
—Dáale con los generales.
—Diga V. qué personaje quiere.
—No es ningún personaje, no señor, pero es una persona que, no agraviando lo presente, no la hay en el mundo. Es un príncipe mio.
—¿Cómo se llama?
—José Martinez, cabo de Calatrava, que ahora está en Alcalá.
—Pues no señora, no se ha hecho el retrato de ese cabo.
—¡Hombre! y se ha hecho el de un *sordao* del mismo regimiento, que habla con una compañera mia... Mire V. á ver si lo tiene por ahí.
—No señora, estoy seguro de que no hay tal cabo.
—¿Cómo que no hay tal cabo?... Y tengo hoy carta suya.
—Que no está retratado, digo.
—¿Que no! *retrato* lo tengo yo aquí.
—¿Dónde?
—En mi corazon. Pues entonces, ¿á qué dicen que se venden retratos aquí?...
—Pero no se venden los de personas que no son conocidas.
—¡Ah! ¡y mi primo no es conocido! Pues poquito conocido que es en el regimiento, y en la Plaza Mayor, y en el río, que todas las tardes, cuando estaba en Madrid, nos veiamos en una parte ó en otra. Diga V., ¿y no podría V. retratarle de aquí á mañana?
—Si señora, si viene él hoy.
—¡Toma! cuando viene á Madrid, ¡para qué quiero yo su retrato? Yo quiero tener su retrato cuando él no está.
—Entonces, tiene V. que contentarse con el que tiene V. en el corazon.
—Pues que V. se alivie.
C. FRONTAURA.

CORRESPONDENCIA.

A continuacion insertamos la carta que se ha servido dirigirnos el señor don Benjamin Riego y Fernandez Vallin. Al dar esta prueba de imparcialidad, debemos decir á nuestro amable comunicante que de ningún modo hemos negado los servicios que prestó á la revolucion su señor primo carnal (q. e. p. d.); lo que hemos querido hacer es señalar la concesion de que, establecido el precedente á que da lugar la concesion del proyecto de ley que se ha presentado á las Cortes, se abra la puerta á infinitas reclamaciones. Por lo demás, dice bien el señor Vallin, nuestros sentimientos no pueden desaprobar que se conceda la pension que se proyecta dar á una señora que ha sufrido una horrible desgracia; pero esta no es solo cuestion de sentimiento.

Seguros estamos de que las Cortes aprobarán la pensión, pero permítasenos manifestar nuestro deseo de que no haya nunca más ocasión ni motivo para dar esas recompensas, es decir, jolalá concluyan para siempre en España las convulsiones revolucionarias que tantas y tantas vidas útiles han costado, y que tanto y tanto dinero le cuestan á esta nación desventurada!

Dice así la atenta y cortés comunicacion del señor Fernandez Vallin:

Madrid 28 de marzo de 1869.

Sr. Director de EL CASCABEL.

Muy señor mio y de toda mi consideracion: he leído con el gusto de siempre el último número de su popular periódico EL CASCABEL, correspondiente al día de hoy; y sólo me disgustó el párrafo que consagra á un proyecto de ley, acreditando una pensión á la respetable señora, viuda de mi infortunado primo carnal, inhumanamente asesinado á últimos de setiembre por un coronel que, si ahora no tiene la razon completa, la tenía pariente y tocayo, según he averiguado por medio de oficiales que iban en la columna mandada por aquel jefe militar.

Respeto la recta intencion y razones en que V. se funda para atacar aquel proyecto de ley; pero permítame V. le haga notar las especialísimas circunstancias que reunia mi malogrado pariente, para que ahora deba considerarse justísima la pensión que se asigne á la desdichada viuda. Cuando más adelante se publique la biografía de la víctima, se sabrá todo lo mucho que la España le debe.

Si la revolucion de setiembre es por tantos títulos gloriosa, y ha colocado á España en vías de reconstituirse, entrando en la senda de la moralidad gubernamental, devolviendo al hombre y á la sociedad sagrados derechos, de todo punto incuestionables y tantas veces conculcados por los últimos opresores é inmorales gobiernos; si la revolucion de setiembre, repito, es gloriosa para España, mi difunto primo fué uno de los personajes que más contribuyeron con ilimitada abnegacion á dicho alzamiento nacional. Se necesita conocer muy detalladamente los trabajos revolucionarios que dentro y fuera de España llevó á cabo de 1867 mi pariente, para comprender cuánto le debemos hoy los españoles amantes de la dignidad nacional: él fue quizá el único y verdadero víctima de la revolucion: todos ó casi todos los que por el triunfo de ésta sucumbieron, fueron víctimas del cumplimiento de los deberes que las leyes ó la ordenanza les imponían: mi repetido pariente era simplemente un paisano, un valeroso patriota, entusiasta de la dignidad nacional, á la que supo y quiso posponer su vida y el porvenir de su esposa.

Necesaria yo ser muy extenso para hacer una completa defensa del citado proyecto, y me limitaré, por lo tanto á rogar á V. se sirva indicar en el próximo número de su liberal periódico que mi pariente reunia circunstancias especialísimas, que justifican la pensión que asignarse pueda á la viuda: prueba de ello es el unánime silencio de los diputados y periódicos en contra de dicho proyecto de ley, cuya aprobacion no rechazan de seguro los acreditados sentimientos filantrópicos de V., á cuyas órdenes tiene el gusto de ofrecerse atento

su seguro servidor Q. B. S. M.—BENJAMIN RIEGO Y FERNANDEZ VALLIN.

P. D. No me parece inoportuno hacer constar que la señora viuda no tiene la menor noticia de esta carta, que me permito recomendar á V.

CASCABELES.

No podemos menos de rechazar la inconveniencia de dirigir ciertas frases á una persona digna, solo por verla con uniformidad de voluntario. El mútuo respeto es la base de toda sociedad culta, y faltar á este deber social es siempre una inconveniencia, y muy ocasionado á sérios conflictos en épocas de efervescencia política.

Por supuesto que si yo hubiera tenido alguna influencia con los señores curas párrocos de Madrid, les hubiera aconsejado que á su costa, y con mas pompa que nunca, hubiesen verificado la procesion del Viérnes Santo. Siento de veras que no lo hayan hecho.

El ilustrado periódico Los Jornaleros, al que nos referiamos en uno de nuestros artículos últimos acerca de la candidatura Montpensier, nos hace justicia, contestándonos con la mayor templanza.

Damos gracias al compañero en la prensa, en quien reconocemos dignidad y buena fé, sintiendo no estar conformes con él en política.

El Viérnes Santo, dos hombres montados en borricos quisieron entrar en la iglesia de San Luis.

Los nacionales impidieron semejante iniquidad, y los pusieron á buen recaudo.

¿Qué idea tendrían de sí mismos aquellos desgraciados?... Debemos compadecer á los que son capaces de imaginar tal barbaridad.

Los liberales hacen cargo á los absolutistas de un espíritu de intransigencia muy pronunciado.

Verdad es que es el partido mas intransigente, y esta cualidad le hace muy poco favor.

Pero vemos que también los liberales empiezan á mostrar en ciertas cuestiones demasiada intransigencia, y siguiendo este camino, van á perder muchas simpatías.

Templanza, prudencia y espíritu conciliador quisieramos en todos los políticos para bien suyo y del país.

Señores diputados, señores ministros, señores políticos y politiquillos de todos tamaños, que el país está muy mal, que hay una miseria espantosa, que no se trabaja, que no se compra ni se vende, que cunde el desaliento y se pierde la esperanza. Sacrifiquen Vds. un poco de su amor propio, transijan, edifiquen, en fin, y remedien los males que se sufren, y eviten los que vendrán, si las cosas continúan así.

Ha muerto el periódico El Pueblo Rey, que dirigia el general Pierrad.

Siempre creimos que, como periodista, no habia de hacer gran fortuna el general.

Ya han vuelto de su cacería el ministro de la Guerra y sus amigos.

Parece que han cogido muy buenas piezas.

Pero nadie ha podido descubrir cuál es el candidato que prefiere Prim para el trono.

El solo lo sabe.

Por supuesto que ni se ha suprimido ó rebajado considerablemente el timbre de los periódicos, ni se ha suprimido tampoco el cuarto del cartero.

Estos progresistas no lo son mucho en hacer reformas útiles.

En el próximo número continuará el Viaje por España. No hemos podido continuarlo en estos últimos por estar esperando datos curiosísimos acerca de la fabricacion en Cataluña, Escaraya, Béjar, Alcoy y otros muchos puntos.

Hoy empezamos á publicar la tercera serie de Las Tiendas, que deseamos obtenga el mismo éxito que las anteriores.

La primera serie en un tomo es la que vamos á regalar á nuestros suscritores por un año. Ya está en prensa.

Los suscritores nuevos por el mismo tiempo tambien tienen derecho al libro. En las suscripciones de provincias aumentamos dos reales mas por razon del porte, es decir, que todo suscriptor por un año tiene que enviar 36 rs. en lugar de 34.

Ha llegado á nuestras manos un libro recientemente impreso, de cuyo autor no sabemos sino que se llama Lino, y es sobrino del duque de Riansares, y esto porque él lo dice en la dedicatoria que de su obra hace á aquel personaje. Titúlase Guerra de un año entre el Papa Paulo IV y Felipe II.

Refiérense en este libro, en correcto estilo y con recomendable sobriedad, los vários caracteres y episodios de aquella guerra singular entre un soberano Pontífice y el monarca mas religioso que ha tenido España, aunque al mismo tiempo el mas celoso de su poder. Recogidos en Roma los datos para componer este libro, abunda en detalles poco conocidos hasta ahora acerca de aquellos acontecimientos.

Las personas aficionadas á los estudios históricos no deben dejar de leer este libro, que suponemos se venderá en las principales librerías, aunque el autor ha tenido el descuido de no decir en la cubierta dónde se podrá hallar el libro, ni cuál es su precio.

En vista de los brillantes resultados obtenidos cada día por el azúcar rosado y vino de larga vida en las enfermedades de pecho, y cumpliendo con un deber de humanidad, no podemos menos de recomendar al público dichos medios, de los cuales, si bien no dudamos hoy las personas sensatas, es al menos de nuestro deber recordar sus efectos y excelentes beneficios.

Imp. de EL CASCABEL, á cargo de Diego Valero, Hileras, 4.

FOLLETIN DE EL CASCABEL.

416 Ella quedó triste, muy triste.

Su vida habia sido una dicha constante, y la primera pena que la atormentaba era superior á todas las penas de este mundo.

¡No tener padres!

Es gran desventura no tener padres, no haberlos conocido, haberlos perdido cuando aún no se tenía conocimiento, cuando no se les ha podido llorar...

Pero el huérfano que está en este caso no es tan desgraciado, porque sabe que los ha tenido, porque sabe que le han amado, porque tiene algún pariente, algún amigo, que los ha conocido y le puede hablar de ellos, porque acaso conserva un retrato que se los representa, porque tiene en fin, el inefable consuelo de orar por ellos y dirigir al cielo su pensamiento...

Pero el huérfano, que no sabe si sus padres viven, ó han muerto, que ignora cómo se llaman, que no sabe si el que pasa á su lado indiferente por la calle es su padre, ó si su madre es una gran señora, una jóven senecida, una esposa adúltera, ó una infame meretriz, sufre la mayor de las desventuras, el mas horrible de los tormentos!

Aun el espióto, el que se cria en un asilo de caridad, tiene un consuelo. ¿Quién sabe si sus padres le dejaron allí para recogerle un día? ¿quién sabe si se desprendieron de él porque no podían criarle, y prefirieron morir de hambre ellos solos? Puede ser hijo del vicio, pero tambien lo puede ser de amor legítimo.

El que ha sido abandonado en una calle no puede hacerse ninguna ilusion consoladora. Su nacimiento es consecuencia de un delito; sus padres se han avergonzado del gusano al inocente. Los padres son unos infames, cualquiera que sea la clase á que pertenezcan, mas infames cuanto mas alta sea aquella, mas desnaturalizados y mas criminales.

Hay para volverse loco, hay para maldecir de la vida, y execrar á los hombres, que en su soberbia maldita, en su maldad, hacen lo que no hacen ni las fieras del desierto ni

los reptiles inmundos que se arrastran por el suelo.

¡Pobres seres, víctimas de la barbarie civilizada! La Providencia debe tener reservado castigo mas terrible para los padres que arrojan de sí á sus hijos que para el ladrón y el asesino.

Cien veces prefiero estrechar la mano del ladrón ó del asesino que muere en un patibulo, que la de un gran señor que tenga en su vida y en su conciencia esa mancha.

Mas honrados son el ladrón y el asesino que los miserables seres que abandonan un hijo de sus entrañas, para que no sea testimonio de sus vicios.

¡Y esos hipócritas ocultan su crimen y figuran en la sociedad entre las personas decentes, y nadie les niega la mano, y tienen amigos, y hallan mujeres que los amen, y tienen luego hijos legítimos!...

Para esos seres, á quienes la sociedad no castiga, ¡qué siglo de horribles sufrimientos debe ser la hora suprema de la muerte!

Pero basta, y perdónese el benévolo lector la digresion. Es tan bueno decir lo que se siente; la pluma corre sobre el papel tan ligera cuando se expresa una opinion fuertemente arraigada, cuando se dá espansion á un sentimiento firme y noble, que yo me he dejado llevar de la indignacion que me causa pensar que hay seres tan malvados en el mundo, y de la profunda compasion que me inspiran esas inocentes criaturas que tan frecuentemente, con una frecuencia que espanta, se encuentran en las calles, en los campos, en los átrios de las iglesias, abandonadas á la muerte, de la que solo la Providencia las puede salvar, cuando no mueren destrozadas ó despedazadas ó ahogadas por sus mismas madres, madres de las que, si pudieran conocerlas, huirían acas llenas de espanto las hienas y las panteras.

¿Qué conciencia tienen esas mujeres? ¿Pues qué! es mas noble ocultar una falta, ahogando á una criatura, que confesarla á la faz del mundo, y hallar la redencion en los deberes del amor maternal?...

El mundo es soberbia cosa.

A la que vé con un hijo en los brazos, que

CAPITULO XX.

Quien era la encubierta.

—Gracias á Dios! dirá el lector, ya voy á saber algo, ya va el autor á descubrir los misterios de esta novela, que ni vienen á cuento, ni sé á qué plan obedecen, ni tampoco por qué el susodicho autor no habla claro, y evita de este modo la confusion que resulta en la trazazon de esta novela.

—Tiene V. razon, señor lector, y á mi tampoco me falta para hacer lo que hago; porque es de saber que me interesa que la novela sea larga, ¡porque si algun día me la publica por entregas un editor, sabido es que estos señores no se contentan con una novelita que se acaba en seguida, sino que prefieren una obra larga, larga para que el suscriptor se acostumbre á pagar las entregas cada semana, y acabada una novela tome otra por costumbre, y así hasta que se muera, y deje unas cuantas novelitas á sus herederos, muy bien encuadernadas á la holandesa, y de cada una de las cuales no ha leído mas que las primeras páginas.

Y ahora, si quiere el lector, volveremos atrás...

—¡Hombre! por María Santísima, exclama el lector, puedo dispensar á V. que la novela sea larga, pero volver atrás ahora... Precisamente iba á quejarme de que no marcha usted en el desenvolvimiento de la accion con la regularidad debida...

—A eso voy, para que podamos marchar luego con algun desembarazo, es preciso que retrocedamos algunos años...

—¡Hombre, años nada menos!...

—Sí, señor, para que de una vez sepa usted quién era la encubierta.

—Bien, vamos á ver. —La ciega á quien ha visto el lector á la cabecera del lecho de su hijo moribundo, vivia años antes en una posicion desahogada. Su marido la habia dejado una renta regular, y un hijo que era toda su esperanza. Aquel matrimonio habia pasado muchos años sin tener hijos, aunque los deseaba, y antes del nacimiento del que fué luego toda su dicha, la Providencia deparó á los esposos ocasion de hacer las veces de padres y ejercitarse en este sublime ministerio, poniéndoles en su

VALOR TERAPEUTICO
DEL
JARABE DE QUINA FERRUGINOSO
de los S^{tes} GRIMAULT y C^{ia}
FARMACEUTICOS DE S. A. I. EL PRINCIPE NAPOLEON, PARIS.

La asociación del hierro con la quina ha realizado uno de los problemas mas notables de la farmacia, de modo que todos los médicos se felicitan generalmente de los magníficos resultados obtenidos con esta preparación.

En efecto, la quina, como ya se sabe, es el mejor tónico en materia médica y está asociado al fosfato de hierro que es la preparación ferruginosa mas estimada, porque contiene el hierro que es el elemento de la sangre y el fósforo el principio de los huesos.

Los facultativos leerán con interés las observaciones de sus colegas y el análisis hecho por los primeros químicos del mundo.

« Produce constantemente los mejores resultados en los casos de dispepsia, clorosis, amenorrea, hemorragia, leucorrea, fiebres tifoideas, diabetes y siempre que sea preciso restablecer las fuerzas a los enfermos y restituir al cuerpo sus principios alterados ó perdidos. »

ARNAL, médico de S. M. el Emperador.

« Es una de estas raras combinaciones que satisfacen al mismo tiempo al médico y al enfermo. Segun mi parecer es la mas notable y la que soportaría mejor las preparaciones ferruginosas. »

CAZENAIVE, médico del hospital de San Luis.

« Con esta preparación se pueden administrar al enfermo, dos medicamentos importantes bajo una forma agradable y de fácil digestión. »

CHARRIER, profesor de clínica de la Facultad de Paris.

« Empleo con éxito el Jarabe de quina ferruginoso y le considero una muy buena in novación. »

CHASSAIGNAC, primer cirujano del hospital Lariboisière.

« Este medicamento ha sido siempre muy bien acogido por mis enfermos y ha producido siempre los mas ventajosos resultados. »

HERVEY DE CHEGOIN, miembro de la Academia de medicina.

« La claridad de su preparación, su gusto agradable, exento de todo sabor de hierro, hacen que este medicamento sea tan eficaz como atractivo. »

MONOD, agregado de la Facultad de medicina.

Depósitos en Madrid, J. Simon, Borrell hermanos, Vizarrua, Moreno Miguel, farmacéuticos.

AGUA DESTILADA.
Se vende á 5 rs. arroba en el laboratorio, Caballero de Gracia, 3.

CHOCOLATES MEDICINALES COLMET.

Los tónicos que han sido premiados con medalla de oro, plata y bronce en las diversas exposiciones, y que cada día son recomendados por los más célebres médicos de Paris.

El chocolate ferruginoso de Colmet para la curación de las clorosis, de los males de estómago, de las pérdidas uterinas, y para fortificar los temperamentos débiles. Precio en Paris 1 fr. la caja; en España 14 rs.

Chocolate purgante de Colmet, como derivativo contra los dolores de cabeza, sobre todo cuando están acompañados de vahidos, contra las obstrucciones, las enfermedades del bigado, la bilis y los humores en general: En Paris 1 fr. 25 céntimos la caja; en Madrid 6 rs.

La fé, los cédulas vermífugas con santonina, remedio el más seguro y más grato para uno de las señoras y de los niños. En Paris 1 fr. 25 céntimos el frasco, y en España 6 rs.

Depósito en Paris: farmacia Colmet, 12, Rue Neuve Saint-Merry. Y en Madrid en el laboratorio del doctor D. José Simon, depositario general, calle del Caballero de Gracia, núm. 3.

TÓNICO ESTOMÁTICO. VIN DE BELLINI FEBRÍFUGO.
VINO DE PALERMO, DE QUINA Y COLOMBO.

EL MEJOR RECONSTITUYENTE Y EL MAS PODEROSO REPARADOR DE LAS FUERZAS VITALES. Conviene á los niños débiles, á las mujeres delicadas, á los convalecientes, á los ancianos debilitados, como así mismo en las neurosis, las diarreas crónicas, las clorosis, etc.

(Abeja Médica, francesa y Gaceta de los Hospitales.)

Depósito en Paris, rue de la Feuillade, 7. En Lyon, calle de la Emperatriz, 9, y en las principales farmacias de Francia. Depósito general para España, farmacia del Doctor Simon, Caballero de Gracia, 3, donde podrán dirigir sus pedidos los demás señores farmacéuticos.

FUEGO FRANCES.

« Bálsamo resolutivo para los animales domésticos por Mr. Olivier, químico y farmacéutico en Chalons.—Sur—Marne. »

Este bálsamo destinado á sustituir al fuego en la curación de las caballerías es superior por sus efectos á todos los demás conocidos hasta el día, y reúne la ventaja de no dejar vestigio ni señal alguna como mas detalladamente se explica en el opúsculo que se proporciona gratis al que lo pida.

Este opúsculo contiene las aprobaciones de mas de 300 veterinarios franceses y belgas, entre los cuales figura Monsieur Franconi, veterinario de las caballerías del Emperador de los franceses.

Depósito general para España, en Madrid, laboratorio del Doctor Simon, calle del Caballero de Gracia, núm. 3.

AGUA DE COLONIA.

Se vende á 8 rs. en el laboratorio, calle del Caballero de Gracia, núm. 3.

EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867
LICOR DE BREA CONCENTRADO

LIQUEUR DE COUDRON CONCENTRE CUYOT

Escuela superior de Farmacia de Paris

Medalla de Plata 1860

Farmacéutico

Unico medicamento adoptado por los médicos de los hospitales de Paris, para la mejor preparación del Agua de Brea.

Puede hacer uso mismo instantáneamente y con poco gasto el Agua de Brea. (Dos cucharadas grandes de este licor para un litro de agua, ó una cucharada de café para un vaso.)

Tos, catarros, coqueluche, enfermedades de la vejiga, afecciones de la piel, etc.

Precio en España del frasco para preparar doce litros de Agua de Brea, 12 r.

DEPOSITO GENERAL EN PARIS, RUE DES FRANCS-BOURGEOIS, 17 (au Marais).

Véndese en Madrid, en las farmacias de los S^{tes}. Don José Simon, Borrell hermanos, Escolar, Moreno Miguel y Sanchez, Ocaña.— En provincias en las principales farmacias.

Oporto, Londres, Paris, Burdeos, 1865, 1862, 1867, 1866.

PASTILLAS DE DETHAN

contra los MALES DE GARGANTA y Inflamaciones de la Boca.

Recomendadas por las eminencias médicas de Europa, para combatir los padecimientos de la garganta, las anginas, el garrotillo, el escorbuto, las ulceraciones y las inflamaciones de la boca. Purifican el mal aliento, destruyen la irritación causada por el tabaco, y curan los efectos perniciosos que acarrea el mercurio en la dentadura. Son utilísimas á los Predicadores, Oradores, Profesores, Cantantes, etc., porque suavizan la voz y impiden la fatiga de la garganta.

DEPOSITOS:

En Paris, Dethan, farm., Famb.—Saint-Denis, 30.— En Madrid, J. Simon, Caballero de Gracia, 3; Borrell hermanos, Puerta del Sol; Sanchez Ocaña, Moreno Miguel, farmacéuticos; las Perfumerías: G. Gonzalez, Alcalá, 54, y Carrera de S. Geronimo, 21; P. de Frera, Carmen, 1.

SOCIEDAD GENERAL DE TRASPORTES MARITIMOS POR VAPOR
SERVICIO MENSUAL.

Línea de Marsella á Gibraltar, San Vicente Pernambuco, Rio Janeiro, Montevideo y Buenos Aires.

Saldrá de Gibraltar el 18 de Abril, el vapor **BORGOÑA**.

Admite pasajeros de 1.^a, 2.^a y 3.^a clase, y mercancías.

Pasaje de 3.^a clase de Gibraltar á Montevideo y Buenos Aires, 1,248 rs.

Acédase en Alicante y Cádiz á los señores A. Lopez y Compañía, y á sus corresponsales.

En Madrid, Julian Moreno, Alcalá, 28.

INJECTION BROU

Curativa infalible, higiénica y preservativa de las gonorreas y demás enfermedades sífilíticas en general para ambos sexos. Es la única que cura radicalmente sin necesidad de otros medicamentos. Precio 5 francos en casa del inventor, Boulevard Magenta, 112, y en Madrid 20 rs. en el depósito general para España, farmacia del Doctor Simon, calle del Caballero de Gracia, 3, y en las principales del universo. Exíjase el opúsculo.

114 FOLLETIN DE EL CASCABEL.

camino un sér completamente abandonado, y que sin ellos hubiera muerto en las losas de una calle, como un perro. Una noche encontró junto á la puerta de su casa, aquel honrado matrimonio, una niña recién nacida que todavía conservaba el calor de las entrañas de su madre.

La intencion de la persona que abandonó á la pobre criatura era evidentemente la de que esta muriera, y á haber sido recogida media hora despues es seguro que solo se habria recogido un cadáver. La niña vivió, cuidada con solicito esmero por aquellos padres que la Providencia le habia deparado, y les consoló de la falta de hijos propios; que hacer el bien es el consuelo mayor para todas las penas del mundo.

Y parece como que Dios quiso premiar su obra de ardiente caridad, dándoles al fin el hijo que tanto buscaban, algunos años despues, cuando ya habian perdido la esperanza de realizar su deseo.

Crecieron los niños, como era natural, murió el padre, y la madre quedó repartiendo por igual su afecto y sus cuidados entre la hija adoptiva y el hijo propio. Este era una naturaleza sensible, delicada, impresionable, afectuoso con todo el mundo, incapaz de hacer daño á una mosca; la niña, por el contrario, soberbia, fuerte, enérgica, de carácter egoísta é imperioso y con una vanidad sin límites.

El lujo era su pasión favorita; las señoras elegantes que veía pasar le llamaban grandemente la atención, y todo su estudio consistía en imitar la postura de las damas mas distinguidas, su lenguaje, sus maneras, como si ella esperase llegar á eclipsar á todas, como llegó en efecto, andando el tiempo.

Dedicóse el jóven á la pintura y, vistas sus notabilísimas disposiciones, aconsejaronle sus maestros un viaje á Italia, cuna y emporio de las artes.

Su madre secundó esta idea, por mas que le hubiera de producir inmensa pesadumbre verse separada de su hijo, pero por una parte el natural deseo de que su hijo perfeccionase su educación artística y llegase á ser un pintor tan notable como prometía, y por otro el vago instintivo temor que tenía acer-

ca del porvenir del jóven al lado de aquella que ya sabia que no estaba ligada á él por vínculo alguno, la hicieron estimularle á emprender en efecto aquel viaje.

El muchacho amaba á la hija adoptiva de sus padres.

Era un alma buena, y habiendo sabido de boca de su madre el triste origen de aquella infeliz, hija de padres desconocidos, y abandonada cruelmente al nacer, la amó todavía con mas empeño.

—Pobre mujer, se decía en sus horas de soledad, ha venido abandonada al mundo; mis padres la recogieron y la llamaron su hija; yo debo continuar esta buena obra de mis padres, y debo llamarla mi esposa.

Yo sé su nacimiento, su desgracia, y no haré que se avergüence nunca; si otro quisiera casarse con ella, al saber que se ignora quiénes fueron sus padres, acaso retrocedería y desistiría de su propósito, y puede que la despreciara.

Hallaría amantes la infeliz, pero puede que no encontrase un esposo.

Ella me ama, si, y cuando sepa que no es mi hermana, cuando sepa lo que por ella han hecho mis padres, me amará mucho mas; ¿cómo no ha de amar á quien se ofrece á ser su guía, su protector, su compañero en el mundo?... Ella está sola, no tiene mas familia que mi madre y yo; ¿cómo ha de preferir la soledad? ¿cómo ha de pagar con una ingratitude tanto amor como mis padres y yo la hemos consagrado?

¡Oh! si no me amase, me moriría; yo no podría vivir sino con la esperanza de estar unido á ella para siempre.

Antes de emprender el viaje á Italia, ya convenido, habló el jóven, que era buen hijo, con su madre, y le descubrió franca y lealmente sus sentimientos, sus esperanzas de ventura.

Todo lo habia adivinado ya la buena señora, con ese privilegiado instinto que Dios concede solo á las madres, en compensación de los deberes que las impone.

—Hijo mio, todo lo que piensas, le dijo, es noble, es bueno y generoso. Pero, ¿ella te ama?...

115 EL HIJO DEL SACRISTAN

—¡Oh! si señora, se acordaba de ella con tanta frecuencia...

—Para mí sería una felicidad veros unidos á los dos, y llegar á vuestro lado á los postreros días de mi vida.

—Yo te juro darte esa ventura.

—Pero, ¿y ella?

—Ella me ama, madre mía, y para que te convenzas, yo te prometo sondear su corazón, antes de marchar, porque no me iré á Italia sin la consoladora esperanza de que á mi regreso hemos de ser esposos. Quiero que me empeñe su palabra.

—¿Estás resuelto?

—Sí, madre mía, es preferible un desengaño á esta incertidumbre. Además, no debemos engañarla, la debemos la verdad entera.

—¡Ay! hijo, es para ella tan amarga esa verdad.

—¡Oh! madre mía, la oírás entre palabras de amor y promesas de felicidad, y la hallará menos triste y desconsoladora.

—Haz lo que quieras, hijo mio; tú tienes mas talento que yo, y pensarás, sin duda, lo mejor y lo mas prudente. Yo no sé cómo se puede decir á una persona, sin desgarrarle el corazón, que no se sabe quiénes fueron sus padres, que fué arrojada á la calle para que muriera y por caridad fué recogida.

—Es horrible, es verdad, pero yo hallaré modo...

—Dios te ilumine.

—En él confío.

Ya se acercaba la época en que el jóven pintor debía emprender su viaje.

Para llevar un recuerdo de su hermana, habia comenzado á hacer un retrato en miniatura, que la representaba fielmente.

Un día que la madre habia salido, y el jóven estaba dando los últimos toques á su preciosa obra, se decidió á acometer la temible empresa de revelar á su hermana su nacimiento.

No es posible describir aquella escena; no lo es trasladar fielmente aquel diálogo que terminó con la revelación del penosísimo secreto. ¡Cuánto amor y cuánta delicadeza en las palabras dulcísimas del amante! ¡qué terrible ansiedad! ¡qué confusión de afectos en la pobre huérfana!

No quiso él, que siempre habia de ser bueno y generoso, quitarle toda esperanza, sabia que la esperanza, por leve, por improbable, por irrealizable que sea, es un supremo bien para un pecho apenado, y no la dijo que habia sido abandonada en la calle, como un animal que estorba, sino que habia sido confiada por los autores de su existencia á su misma madre, y que un día los conocería, porque podrian libremente presentarla como su hija.

El golpe fué terrible, sin embargo, y la huérfana recibió tal impresion que llegó á temerse por su vida, y esto dilató mas de lo convenido el viaje del pintor á Italia.

La solicitud de la buena madre, y el amor del jóven cerraron, aunque no la pudieron curar radicalmente, la herida abierta en aquel jóven corazón, y pasó la crisis, y los médicos declararon fuera de cuidado á la huérfana.

Todas fueron entonces preguntas á la buena madre, pero esta se encerró en una completa reserva; el jóven redobó sus amorosos esfuerzos, y tales protestas hizo, y tales esperanzas daba de felicidad á la dueña de su albedrio, que aquel corazón no pudo ser insensible, y el día antes del viaje, el amante arrancó á la mujer amada una solemne promesa.

—¿Me amarás siempre? le preguntó.

—Siempre.

—¿Me serás fiel?

—Si lo dudas, me ofendes.

—¿Me esperarás tranquila para no separarte luego de mí nunca mas?

—Sí, te esperaré.

—Si tu amor no fuera tan firme como el mio, moriría desesperado.

—Yo quiero que vivas para mí. Sin tí, estaría sola en el mundo.

—Yo te juro hacerte olvidar la pena que te atormenta.

—Solo tú podrias.

Y el jóven partió, lleno de amor y de esperanza, y ganoso de adquirir todos aquellos conocimientos que podrian completar su educación artística, y deseando volver con la mas legítima y noble aspiración, la del amor y la gloria.